

Buenos Aires, septiembre de 2021

¿Hay una ontología para el objeto a?

Cecilia Domijan

La lectura de algunos de los textos de Frédéric Nef, especialmente *L'objet quelconque*, me llevó a pensar que, en efecto, la ontología clásica no es la única. Hay otras que pueden explorarse en provecho de universos más flexibles, propicios para abordar la parcialidad y la partición del objeto *a*. La propuesta de Nef, para decirlo de un modo general, nos orienta hacia una ontología del objeto parcial poniendo en jaque la esencialización y la objetivación de este. Así, no solamente rompe con el dominio de las condiciones a priori de un Sujeto de Razón sino que habilita la vía para tratar, en lo que respecta a nuestro campo, el objeto *a* de otra manera.

En particular, lo que motivó mi interés son dos preguntas surgidas a partir de esta lectura a propósito de la facticidad real que Lacan menciona en la *Proposición*. La primera es si podríamos leer en la facticidad real una crítica a la ontología heideggeriana. La segunda es por qué Lacan utiliza este término fenomenológico para referirse a los campos de concentración.

En estas breves notas intento una aproximación a tales inquietudes.

La objetivación del ser

Nef hace una mención precisa de este problema cuando cita el texto de Heidegger *Principio de Razón*: "La objetividad es el ser (*Sein*) en el sentido kantiano del ente incognoscible por la experiencia."¹

La Razón asegura la consistencia del objeto en su totalidad. Al mismo tiempo, Heidegger se encarga muy bien de puntualizar que la experiencia del ente es incognoscible. A mi entender, la percepción, justamente, es lo que perfora el ente, cuestión que no conviene al desarrollo ontológico heideggeriano.

Dicha presentación deja afuera la lógica. Pasa por sobre ella. Rechaza la letra para nombrar el objeto. La letra, de hecho, desde el punto de vista lógico, escribe su valor operatorio. En el discurso analítico se trata de ubicar la razón en torno al vacío operatorio del objeto y no en relación con las condiciones a priori de un sujeto.

Si hay una ontología del objeto *a*, en todo caso, esta supone que la función en intensión, función fálica (el blanco en el espejo), se produce traduciéndose como objeto metonímico en la extensión. Aquí aludo al planteo de René Lew.

El rechazo a la letra conduce inexorablemente a la esencialización del objeto. Y con ello al borramiento del sujeto.

¹ F. Nef, *L'objet quelconque. Recherches sur l'ontologie de l'objet*. Librairie Philosophique J. Vrin, París : 1998, p.310.

Pero por ese sesgo se puede llegar aún más lejos. Me refiero a la *facticidad* tal como Lacan la plantea en la "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela": la *facticidad real* en torno a las agrupaciones concentracionarias.

René Lew subraya su funcionamiento cuando plantea que la misma implica la extensión separándose de la intensión, denegando su lazo al vacío operatorio, por tanto, cerrándose sobre ella misma. En consecuencia, emerge un lenguaje que resulta hipnótico, es decir, un lenguaje subsidiario de una ontología sustentada en la pura predicación del objeto.

La facticidad como rechazo a la letra

Desde luego, no me voy a detener en la complejidad que supone este término ni en la dimensión fenomenológica que implica. Solo quiero citar brevemente un párrafo de *El lenguaje Heidegger* en el que Meschonnic explica de dónde Heidegger extrae la noción de *facticidad* y cuál es su rasgo distintivo.

Meschonnic subraya que dicho término procede de la transposición de los descubrimientos de Husserl. Dice:

Heidegger está Husserl. Ir a "las cosas mismas", es Husserl. Beaufret lo dice: "En el fondo, el *ser-en-el-mundo* de Heidegger no es más que el retomar un tema que Husserl había a su vez recibido de Brentano. [...] El *ser-en-el-mundo* de *Sein und Zeit* es sin duda la *intencionalidad* de Husserl, pero es también y ante todo el descubrimiento conmovedor, planteado desde este punto de vista, de nuestra irremediable *facticidad*. [...] En suma, Heidegger transpone los descubrimientos husserlianos en una luz trágica".²

La facticidad hace creer que es posible llegar a "las cosas mismas" por el método de la *epojé*. Un fantasma de origen puede leerse entre líneas. Hay un decisionismo en juego para descartar lo común en tanto inauténtico. Meschonnic destaca la idea según la cual la facticidad es lo que queda de la vida cuando se eliminan todos sus contenidos. Da a entender que la existencia es, en primera instancia, inauténtica. Lo auténtico no es lo que flota sobre la cotidianidad sino lo que permanece oculto. Allí radica una teoría de la ocultación a través de una palabra fetiche, la *facticidad*. Esencialización y ocultación son los términos que se sostienen en una ontología de la totalidad del ente que recae sobre un lenguaje mítico y, por cierto, fetichizante y seductor.

A mi juicio, a partir del planteo de la tercera facticidad en la *Proposición*, Lacan, sin explicitarlo, acomete sobre la ontología heideggeriana pues, como señala en *L'étourdit*, nada más improbable que un decir directo. Parafraseando, lo reformularía así: nada más improbable que ir a las cosas mismas. En efecto, por la vía exclusivamente predicativa del objeto, el objeto en cuanto tal, se llega a la obscenidad de los cuerpos arrojados a los campos. ¿Serían ellos "las cosas mismas" en su manifestación? La concentración fáctica de los cuerpos, en definitiva, no nos dice nada. No se trata más que de la veta fascinadora del

² H. Meschonnic, *Le langage Heidegger*. PUF, París : 1990, p.90.

objeto en su puesta en escena. ¿Acaso no es eso el horror de la experiencia vivida cuando no hay restitución posible?

La lengua del burócrata

Pero entonces, ¿cuál sería el lenguaje que conviene a la facticidad real? Aquí hace su entrada la lengua del burócrata, la lengua comunicacional, la propaganda.

En el seminario *Problemas cruciales*, Lacan menciona el término *facticidad* apropiado del signo saussuriano. Dice que convencional es la lengua en su facticidad actual.³ La convencionalidad del signo –relación arbitraria entre significante y significado– es fáctica pues desconoce la elección del sujeto para autorizar el nombre.

Lacan nos sorprende pues se vale del concepto fenomenológico para nombrar algo que está muy lejos de lo sublime que puede resultar alcanzar una esencia. Por el contrario, para él la facticidad nombra una lengua impersonal, burocrática, comunicacional.

¿Cuál es su referente? ¿de qué habla?

La lengua en su facticidad transforma los cuerpos en su referente más codiciado. Pone en palabras lo que un sujeto no podría significar. Si no, ¿de qué otro modo se podría aludir a los desplazamientos y deportaciones de grupos sociales? ¿Con qué ontología? ¿Con qué gramática? ¿Qué dimensión adquiere el ente en su totalidad cuando el referente es el amasijo colectivo?

La facticidad es la lengua que habla y no dice, inculca el tráfico de cuerpos y, al mismo tiempo, toca algo que la excede. Me refiero al horror y al pánico que mortifica al sujeto. También la propaganda se alimenta de un espanto forcluido.

Por este sesgo es posible afirmar que no hay una propaganda que no sea del nazismo. La propaganda es nazi por definición.

En la “Proposición” Lacan dice “que lo real sea más mojigato en promoverlo que la lengua”.⁴

Escribe el término *béguéule*, cuya traducción al español es 'mojigato', 'pacato'. Sin embargo, entiendo que Lacan se apoya en la etimología. El sentido antiguo de tal noción *béguéule* proviene de *bée gueule*, 'boca abierta', 'boca por la cual se escapan cosas', 'bocaza, que habla de más'. Hay un real “bocaza”, “desbocado”. No alcanza la lengua para plantear la facticidad de lo real, pues remite a una bocaza abierta cuyo horror se ahoga en su garganta. Este matiz derivó en *pacato*, aquel que debe contenerse de hablar. Efectivamente, en dicho término, hay una clara declinación de la palabra, un decir y no decir que parecen contrarios; y, sin embargo, no va uno sin el otro.

³ Cfr. la sesión del 7 de abril de 1965, donde Lacan especifica: “Convencional es el nombre para quien recibe la lengua en su facticidad actual”. J. Lacan, *Seminario XII - Los problemas cruciales del psicoanálisis* (trad. Ricardo Rodríguez Ponte). Inédito.

⁴ J. Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós, 2012, p. 276. En francés, “Proposition du 9 octobre 1967 sur le psychanalyste de l'École”, en *Autres écrits*. París: Seuil, 2001, pp. 243-261.

La metonimia y su objeto

El objeto *a* no es más que una letra, dirá Lacan. Pero la letra nos obliga a operar en una partición entre lo que permite designar un objeto y este mismo objeto. En este sentido afirmamos que remite a un “eso que no es eso”. Nada más lejos de la *quiddidad*. El objeto *a* se presenta *como* inadecuación. Dicha permanencia se podría expresar como *constante*. A su vez, en tanto letra que designa un vacío operatorio, se reporta como *variable*. El objeto *a* participa de la constante, así como también de la variable. Se trata de una partición y no de un atomismo. Ni el escíballo ni el seno lo encarnan. Por eso permanece extraído de cualquier totalidad –*Vorstellung*– así como de toda *quidditas* o esencialismo. Por ahí pasa, a mi entender, su posible ontología. La ontología de un objeto ectópico.

El objeto *a* cumple la función en tanto suple el desfallecimiento del sujeto cuando este pretende plantearse como ser. Desde mi punto de vista, Lacan no solamente rechaza el camino heideggeriano, aunque nunca lo explicita así, sino que ubica el problema del ser del ente en el meollo de la neurosis.

Por cierto, la afánisis del sujeto es el único momento donde, al pretender asirse como ser, se desvanece en tanto tal. Es en esta instancia donde el objeto *a* hace su entrada como objeto parcial. La parcialidad no remite más que a la imposibilidad de una *Vorstellung* para el objeto. El objeto parcial no tiene representación. Por el contrario, tiene un representante que no es otro que la afánisis del sujeto.

El objeto *a* indica un agujereamiento que no remite a un incognoscible, ni a un inefable, mucho menos a una trascendencia a priori. El objeto *a* es primero, aquello con lo cual el sujeto puede tener lugar, es decir, eclipsarse para reaparecer.